

## **El curalotodo chino**

Cristina Bertrand

Riaño, marzo 2018

La primera vez que visité una empresa en Shanghái, nada más entrar nos sirvieron a mi asistente y a mí un té que rellenaban constantemente en cuanto se vaciaba un poco la taza. Todo bien. La segunda vez que fui a otra compañía nos trajeron primero unas tazas de agua caliente. Yo esperé pacientemente por el té... pero no llegó.

Bueno, pensé que se les había olvidado. Seguí visitando compañías y oficinas y seguían con las tazas de agua caliente y el té sin llegar. Al final, ya sorprendida, le pregunté a mi asistente cuándo iban a traer el té y me miró con cara muy extrañada. “¿Qué té?” “Pues el que hay que poner en el agua caliente...”. Y se echó a reír. “No”, me dijo “El agua caliente es para beber”. Ah, ¡buena idea! beber agua caliente. Lo tendría que pensar, eso, o llevar bolsitas de té subrepticamente escondidas en el bolso. Pero tal vez no era muy educado eso de poner una bolsita de té, como si ellos no tuvieran suficiente té en China.

Pasando el tiempo lo comprendí muy fácilmente. Si un día llegaba a la oficina y decía, por ejemplo, que no había dormido muy bien, me decían “toma agua caliente”. Si decía que tenía una distensión muscular, me decían “toma agua caliente”; que un día me dolía la cabeza... “toma agua caliente”. Catarros, gripes, tos, dolor de espalda, todo tipo de trastornos de salud se curaban con la mágica frase “toma agua caliente”.

Pues eso, a tomar agua caliente. Pero no cualquier agua caliente, no, tiene que tener unos requisitos precisos: tiene que estar bastante caliente (no templada) pero no tan caliente que queme la lengua o la garganta. Porque, claro, para que sea eficaz, el curalotodo tiene que ser también un arte.